

Un sistema ingenioso para subir campanas al Miguelete

Lo puso en práctica un marinero y maestro de hacer carros, en el siglo XVI

EL PRIMER RELOJ

LAS HORAS A MARTILLAZOS

EL CAMPANARIO NUEVO

«LA GABIA DE FUSTA»

EL DIA DE SAN MIGUEL

LA BENDICION DEL METAL

EL CONTRAPESO DE LAS CAJAS DE PLOMO

Y UN GRAN HOYO EN EL SUELO

POR VICENTE VIDAL CORELLA

Dicen antiguos cronistas que el primer reloj que se instaló en Valencia —y tal vez en España— fue el año 1378, y que probablemente, según se desprende de un documento fechado en 10 de marzo del citado año, estuvo colocado en el primitivo campanario de la Catedral, situado entonces en la parte recayente a la calle de la Barchilla. Mencionan también que este reloj era imperfecto en su mecanismo, y apenas si sonaba el toque de horas, por lo que, en 1403, los jurados de Valencia, por mandamiento real, ordenaron la construcción de una campana, que día y noche hacían sonar dos hombres con grandes martillos, aprovechando el horario que marcaba el reloj de arena. Esta campana estaba instalada en el último piso de la primitiva Casa de la Ciudad, situada entonces frente al edificio de la Diputación, parte recayente a la calle que se denominó —y sigue su nombre actualmente— del Reloj Viejo.

Como esta campana de las horas estaba situada a poca altura, no tenía mucha expansión su sonido y para que se escuchara, no sólo dentro de la ciudad, sino fuera de sus murallas, los jurados, habiendo observado la elevación que tendría «el campanar nou de la Seu» —el Miguelete—, que se estaba construyendo, acordaron, en sesión celebrada en 12 de diciembre de 1413, instalar en lo alto de la torre nueva campana «de pes de cent xixanta quintars on toque a batallades les hores diurnes e noturnes en manera de orolage a fi que sia oit per tota la ciutat». Pero este acuerdo no se realizó entonces, y el reloj y la campana continuaron sin construirse, por lo que seguía el de la Casa de la Ciudad con su antiguo sistema, hasta el año 1418, en que se firmaron los «capitols fets e concordats entre lo molt reverent senyor lo senyor Bisbe de Valencia e lo honorable capitol de la Seu e los honorables jurats racionals obrers de Murs e de Vallis e lo síndich de la ciutat de Valencia sobre lo relogete, lo qual se deu fer en la dita ciutat per sonar les hores del día e de la nit.»

Esta concordia entre el obispo y los jurados de Valencia, comprendía la construcción de un reloj, que tardó bastantes años en realizarse; la fundición de nueva campana, de mayores proporciones que las que se usaban para el toque de las horas; de que la citada campana, en tanto se terminaba la torre, fuera colocada «en lo alt del campanar nou en un bastiment de fusta»; de que las horas continuasen siendo sonadas por dos personas que se relevaban cada doce horas, y que viviesen en una casa situada



La campana de las horas tiene por nombre Miguel, desde su bendición en 1418. El pueblo, desde un principio, llamó cariñosamente a dicho «seny» o campana «lo Micalet del campanar de la Seu», nombre que pasó también a denominar la principal torre valenciana

fuera del campanario, lo que se arreglaría decentemente, pagándoseles su salario los jurados...

El convenio se puso en práctica, y al efecto, se compró el metal necesario para fundir la campana, utilizándose tal vez el de otras que poseía la ciudad. Pocos meses después de haberse firmado el acuerdo —en 21 de febrero de 1418— entre el cabildo y los jurados, había sido fundida la campana en el taller que en la plaza de la Almoina tenían Guillem Martí y su hijo Nicolás, con Juan Logales y Juan de la Gala, los cuales certificaron que pesaba sobre trescientos quintales.

El 29 de septiembre del citado año de 1418, día de San Miguel, tuvo lugar la bendición de la campana, a la que se le puso el nombre del santo del día —desde un principio, el pueblo llamó cariñosamente a dicho «seny» o campana, «lo Micalet del campanar de la Seu», nombre que pasó después a denominar la torre—, en solemne acto en el que intervinieron el obispo, siendo padrinos el primogénito del duque de Gandía y la reina doña Margarita, viuda del rey don Martín.

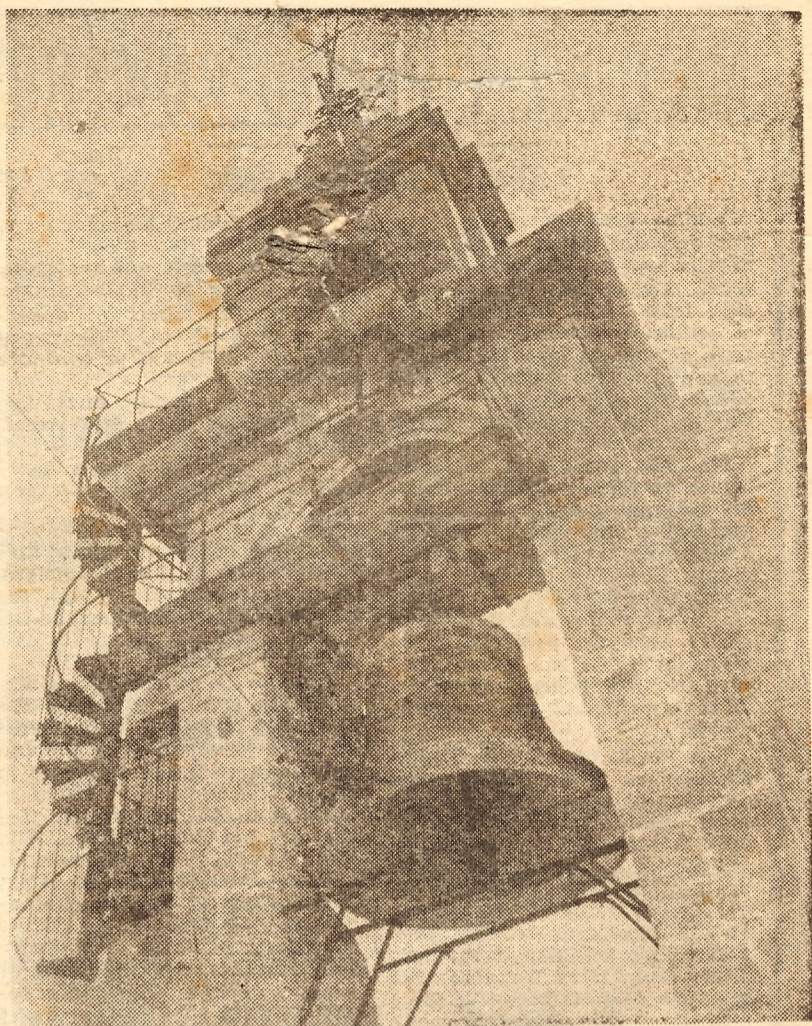
Algunos años después se instaló el reloj, que, resultando imperfecto, determinaron los jurados, en 1446, hacer otro de los que en aquel tiempo había de «nova invenció», cuya máquina hacía ya sonar las horas y costó tres mil florines, sirviendo hasta 1684, en que, desgastadas las ruedas, se tuvo que cambiar por otro nuevo.

La campana de las horas se rompió por primera vez en 15 de agosto de 1458, vaciándola Luis Trilles en su taller de la «plaza de la Seu», artífice que realizó también la fundición de la misma campana en sucesivas roturas. El día 19 de febrero de 1519, a las nueve de la noche, cayó un rayo en el remate que sostenía la campana, cuyo artificio —llamado popularmente «la gabia»— era de madera y se quemó todo. Manuscritos de la época dicen: «Dimecres, a 19 de febrer de 1519 ferí un llam al Micalet del Campanar de la Seu de Valencia, his cremá tot lo chapitel de fusta que estava damunt dita campana,

que durá lo cremor mes de una hora de rollonge, que pareixia que tota Valencia se cremaba: es veyo lo foch dos legues luny de Valencia», que la tempestad fue horrorosa, y que un viento huracanado arrojó a la plaza «la gabia» que estaba ardiendo, quedando abrasado y consumido el juego que sustentaba la campana, que cayó con tal furia que se hizo pedazos.



Entrada al departamento de las campanas del Miguelete



El campanil de piedra que remata el Miguelete, con la campana de las horas

De nuevo fue fundida la campana, esta vez, según menciona un manuscrito de la época, por Melchor Trilles, «fill natural de Valencia, qui stava a la plasa de Santa Tecla», siendo bendecido el metal, como era costumbre, antes de fundirse. Dice este manuscrito —«Libre de Antiquitat», de la Catedral— que para ello fue «el bisbe, canonges e capelans» en procesión, desde la Catedral, y después de bendecir el obispo el metal, un canónigo, desde una escalera, lanzó algunos trozos a monja... que indicaba el cerrepana —«que iqué dit seny ben complit, segons arbitraren, e sobrá metall per temor que ne mancas com la primera vegada, que manquaren les ances»— se dispuso al efecto para ser bendecida. Entre las curiosidades que menciona el citado manuscrito destaca que la ceremonia se celebró el día 28 de octubre de 1521 en la «plaza de la Palla —como se denominaba a la de la Catedral— hon dit seny stva elevat ab una cabria o bastiment de fusta, hon empaliat de bells bancals e de murta»; que ante la citada cabria donde se colocó la campana

na había una gran mesa «ab un drap dor», donde se había puesto «el aigua neta ab la bacía gran en ques laven los peus los senyors de canonges lo día de Dijous Sant», cuya agua bendijo el obispo, y después la campana, ante los padrinos, que fueron los obispos de Tarazona, Segorbe y Mallorca, y madrina, doña Lector de Borja, esposa de don Jerónimo Cabanilles. Después de la bendición tenía lugar otra curiosa ceremonia, y era que, en primer lugar, el obispo hacía sonar la campana, y después lo hacían tambores, contestando a los toques «totes les campanes de la Seu e totes les de les parroques».

Para subir a lo alto «del Campanar nou» las campanas ideó un medio muy ingenioso un «mestre d'aixa», o maestro de hacer carros y marinero, llamado Joan de Saragosa, y relatando la diestra no, del mismo oficio, y un grupo de diestros marineros, subía a lo alto del campanario unas arcastruadas con gruesos tabloncillos para llenarlas de plomo y de hierro, igualando el peso que tenían las campanas.

El manuscrito antes citado menciona el sistema de Joan de Saragosa, y relatando la destrucción operada en 1521, cita que se asentó una garrucha a la parte de la plaza que enfrentaba con la puerta principal de la iglesia, y otra a la calle «del Relotge», en igual correspondencia. Después se ataron con fuertes maromas la campana de un lado y del otro las arcastruadas, dejando caer éstas largas sogas, que desde abajo tenían asidas hombres membrudos y de fuerza, los cuales con suma destreza hicieron mover la campana, que empezó a subir lentamente al paso que las arcastruadas bajaban. La operación duró varias horas, pues resultó que, con el peso de la campana y el de las arcastruadas se estiraron las cuerdas, llegando las cajas al suelo sin terminar de subir la campana. Dicen las crónicas que hubo de hacerse un gran hoyo para que el contrapeso de las arcastruadas lograse la ascensión de la campana a lo alto de la torre.

El sistema debió ser modificado para sucesivas operaciones con más acertado nivel del peso y cuerdas ya usadas en parecidos menesteres, por cuanto manuscritos y dietarios de antiguas épocas mencionan nuevas ascensiones de grandes campanas con sistema «dels contrapesos de caxes plenes de plom e de ferro que calen per l'altra part del campanar», haciendo constar que la operación apenas si se empleaba una hora «poc mes o menys».

No faltan noticias curiosas pintorescas que ponen de manifiesto la expectación popular —«omplintse carrers, places i rrats»— que en aquellas épocas producía ver subir, restauradas las campanas del Miguelete.